

có de los brazos de la huésped y de Mr. Pickwick, cogió un pequeño cuchillo de postre y se lanzó á la calle.

Pero Mr. Winkle no le esperó. Apenas oyó la horrible amenaza del valeroso Dowler, se precipitó fuera de la silla, tan rápidamente como había entrado, y tirando sus babuchas á la calle para poder correr mejor, dió vuelta á la plaza perseguido por el mozo y Mr. Dowler; pero pudo llegar á la casa sin ser alcanzado. La puerta estaba abierta, entró, atrancándola después en los hocicos de Mr. Dowler, subió á su alcoba, cerró la puerta y la resguardó por dentro con un cofre, una mesa, un lavabo y se ocupó en hacer un paquete de sus efectos indispensables para escapar al amanecer.

Sin embargo, Dowler rugía del otro lado de la puerta, del desdichado Winkle, y por el agujero de la llave le declaraba su firme intención de cortarle la cabeza al día siguiente. Al fin, después de un gran tumulto de voces, entre las cuales se oía distintamente la de Mr. Pickwick, que se esforzaba en restablecer la paz, los habitantes de la casa se tranquilizaron, dirigiéndose todos á sus alcobas respectivas, y la calma se restableció.

Y durante este tiempo, dirá tal vez algún lector sagaz, ¿dónde estaba Samuel Weller?

En el siguiente capítulo diremos dónde estaba.

CAPITULO XXXVII

Que explica satisfactoriamente la ausencia de Sam Weller, dando cuenta de una reunión á que fué invitado. — De cómo Sam Weller fué encargado por Mr. Pickwick de una misión muy importante.

—Mr. Weller — dijo mistress Craddock la mañana del memorable día cuyas aventuras acabamos de bosquejar; — aquí hay una carta para vos.

—Es extraño — respondió Sam; — temo que no sea cosa ninguna, porque no tengo ningún conocido que sepa escribir cartas.

—Tal vez ocurre alguna cosa extraordinaria — dijo mistress Craddock.

—Muy extraordinario tiene que ser. Algún temblor de tierra cuando menos. No puede ser de mi papá —

continuó mirando el sobre. — ¿De quién podrá ser esta carta?

Diciendo esto, Sam hizo lo que muchas personas hacen en iguales circunstancias, que es mirar el sello, el sobre, después el revés, y al fin, como último recurso, Sam creyó conveniente abrirla y salir de dudas.

—Está escrito en papel de canto dorado — dijo Sam, desdoblado el pliego, — y está sellado en cera verde con el ojo de una llave... Veamos.

Y con grave expresión de fisonomía, empezó á leer lo que sigue:

«Una reunión escogida de criados de Bath presentan sus cumplimientos á Mr. Weller y reclaman el placer de su compañía para una merienda amistosa, compuesta de una pierna de carnero con el aliño ordinario. La merienda se servirá en mesa á las nueve y media.»

Esta invitación estaba incluída en otro billete concebido en estos términos:

«Mr. Juan Smaker, el caballero que ha tenido el placer de encontrar á Mr. Weller en casa de su mutuo conocido Mr. Bantam hace algunos días, tiene el honor de transmitir á Mr. Weller la presente invitación. Si Mr. Weller quiere pasar á casa de Mr. Juan Smaker á las nueve, Mr. Juan Smaker tendrá el placer de presentar á Mr. Weller.»

Firmado,

Juan Smaker.

El sobre decía: *Al caballero Mr. Weller, en casa de Mr. Pickwick;* y entre paréntesis, en la esquina izquierda del sobre, estaban escritas estas palabras como una instrucción al portador: *tirad de la campaniya de la caye.*

—Pues es chistoso — dijo Sam; — nunca había oído hablar de meriendas de pierna de carnero cocida. ¿Cómo lo llamarían si fuera asada?

Sin embargo, sin perder más tiempo en aclarar este punto, Sam se dirigió al instante á casa de Mr. Pickwick y le pidió permiso que le fué fácilmente concedido. Con este permiso, y la llave de la puerta de la calle en el bolsillo, Sam salió un poco antes de la hora designada, y se dirigió á la plaza de la Reina. Allí tuvo la satisfacción de encontrar á Mr. Smaker, cuya cabeza empolvada, apoyada en un poste de farol, fumaba un cigarro con boquilla de ámbar.

—¿Cómo estáis, Mr. Weller? — dijo Mr. Juan Sma-

ker quitándose el sombrero con una mano, mientras agitaba graciosamente la otra. — ¿Cómo estáis?

—Bien — contestó Sam, — y vos, ¿cómo estáis?

—Así, así.

—Habréis trabajado mucho; yo me lo temía; no hay que sofocarse mucho.

—No es por eso, Mr. Weller; es más bien á causa del mal vicio. Yo llevo una vida muy disipada.

—¡Oh! mala enfermedad es esa.

—Las tentaciones, Mr. Weller...

—¡Ah! es claro.

—Sumergido en el torbellino de la sociedad, como sabéis, Mr. Weller — añadió Mr. Smaker dando un suspiro.

—¡Ah! es terrible, en verdad.

—Así ha de ser cuando uno entra en una carrera pública, Mr. Weller; vive uno sometido á ciertas tentaciones de que están exentos los demás individuos.

—Eso precisamente es lo que decía mi tío cuando abrió la posada — respondió Sam; — y tenía razón el pobre viejo, porque se murió en poco tiempo.

Mr. Smaker pareció profundamente indignado del paralelo establecido entre él y un posadero; pero como el rostro de Sam conservaba una calma inmutable, mister Smaker reflexionó y tomó de nuevo un ademán afable.

—Haremos bien en ponernos en camino — dijo consultando un reloj de cobre que habitaba en el fondo de un inmenso bolsillo, y que era elevado á la superficie mediante un gran cordón negro adornado con una llave.

—Me parece bien; se podía quemar la pierna de carnero.

—¿Habéis bebido las aguas? — preguntó su compañero.

—Una sola vez.

—¿Y qué os parecen?

—Considerablemente malas.

—¡Oh! no os agrada el gusto ferruginoso.

—No entiendo de eso; sólo sé que me saben á herrumbre.

—Eso es lo ferruginoso — contestó Mr. Smaker con tono sentencioso.

—Palabra que no significa gran cosa; por lo demás, yo no soy gran químico.

Al decir esto, Sam, con gran horror de Mr. Smaker, empezó á silbar.

—Os pido perdón, Mr. Weller — dijo Smaker, atormentado por aquel ruido inconveniente; — ¿queréis tomar mi brazo?

—Gracias, sois muy amable; tengo la costumbre de meter las manos en los bolsillos.

Al decir esto, Sam unió el gesto á las palabras, y silbó más fuerte aun.

—Por aquí, — dijo su amigo, que parecía más aliviado al entrar en una pequeña calle. — Llegaremos pronto.

—¡Ah! ¡ah! — dijo Sam sin conmoverse por saber que estaba tan cerca de la flor de los criados de Bath,

—Sí, — repuso Smaker; — no seáis tímido, mister Weller.

—¡Oh, no!

—Veréis que uniformes tan brillantes; tal vez encontraréis personas que os parecerán un poco rígidas al principio; es natural, ya sabéis; pero se ablandarán después.

—Y harán bien.

—Ya sabéis — continuó Smaker en tono de alta protección, — como sois forastero, se pondrán al principio un poco cerca de vos.

—Me tendrán lástima, ¿no es verdad?

—Sí, sí — dijo Smaker sacando su caja de tabaco, que tenía figura de una cabeza de zorra, y tomando un polvo. — Hay entre nosotros algunos de muy buen humor, y les gusta divertirse... ya sabéis... pero no hay que hacer cago.

—Así lo haré — dijo Sam; — soportaré esos desahogos del ingenio.

—Bien — dijo Smaker guardando en el bolsillo la cabeza de zorra y alzando la suya; — por otra parte, yo os sostendré.

Hablando así, llegaron delante de una pequeña tienda de frutas; Mr. Smaker entró, y Sam, que le seguía, dejó escapar al entrar una sonrisa socarrona y otros síntomas enérgicos de un estado de satisfacción íntima.

Después de haber pasado por la tienda del frutero y puesto sus sombreros en la escalera que había detrás, entraron en una pequeña sala y entonces se desplegó á los ojos de Sam Weller todo el esplendor de la escena.

Dos mesas de distinta altura, reunidas en medio de la habitación, estaban cubiertas con tres ó cuatro manteles de diferente edad, arreglados lo mejor posible para hacer el efecto de uno solo; sobre estos manteles se veían cuchillos y tenedores para siete ú ocho personas; las manchas de estos cuchillos eran rojas, verdes y amarillas, mientras todas las de los tenedores eran negras, lo cual producía un efecto muy pintoresco. Igual número de platos se calentaban al rescoldo; los convidados se calentaban allí también. Entre ellos, el más notable, co-

mo el más importante, era un hombre alto y vigoroso, que tenía un chaleco y unos pantalones de vivísima escarlata; estaba en pie, la espalda hacia el fuego, y acababa de entrar al parecer, porque además de tener puesto su sombrero de alas vueltas, llevaba en la mano un grueso bastón, tal como los caballeros de su profesión acostumbran llevar cuando van en la trasera de los coches.

—Smaker, bien venido — dijo el hombre del tricornio.

Mr. Smaker dijo al del tricornio que estaba muy satisfecho de verle tan guapo.

—Es verdad; dicen que tengo un aire magnífico. A propósito, querido Smaker; vos...

El resto de la sentencia fué dicho junto á la oreja de Mr. Smaker.

—¡Ah! ¡me había olvidado! — respondió éste. — Señores, mi amigo Mr. Weller.

—Siento quitaros el fuego, Weller — dijo Mr. Tuckle en tono familiar. — Creo que no tendréis frío.

—No, flamante — dijo Sam. — Era preciso mucho hielo para tener frío junto á vos. Vos economizaríais la hulla si os pusieran en la chimenea de una sala.

Como esta réplica parecía una alusión personal á la librea escarlata de Mr. Tuckle, éste tomó una actitud majestuosa durante algunos segundos. Después se alejó gradualmente del fuego, y dijo con una sonrisa forzada:

—No es malo, no es malo.

—Gracias por vuestra buena opinión, caballero — repuso Sam.

Aquí la conversación fué interrumpida por la llegada de un caballero vestido de color de naranja. Venía acompañado por otro de color de púrpura. Habiendo sido congratulados los recién venidos por los otros, mister Tuckle propuso que se sirviera la cena, y esta proposición fué unánimemente aceptada.

El frutero y su mujer depositaron sobre la mesa un plato de carnero cocido, con una salsa caliente acompañada de nabos y patatas. Mr. Tuckle tomó el sillón y tuvo por vicepresidente al caballero de color de naranja. El frutero se puso un par de guantes de cañor para dar los platos, y se colocó detrás de la silla de Mr. Tuckle.

—¡Harris! — dijo éste en tono imperioso.

—Señor.

—¿Os habéis puesto los guantes?

—Sí, señor.

—Entonces, quitad la tapadera.

—Sí, señor.

El frutero, con grandes demostraciones de humildad, hizo lo que se le había mandado y alargó obsequiosamente á Mr. Tuckle el cuchillo de trinchar, pero al hacer esto, bostezó por casualidad.

—¿Qué quiere decir esto, caballero? — le dijo mister Tuckle con gran acritud.

—Perdonadme, caballero — dijo el frutero desconcertado. — No lo he hecho con intención; me he acostado tarde la noche última.

—Voy á deciros lo que pienso de vos. Harris, — continuó Mr. Tuckle con tono majestuoso, — sois un bruto mal educado.

—Espero, señores — dijo Harris, — que no seréis muy severos conmigo. Yo estoy muy agradecido, señores, por vuestra protección y vuestras recomendaciones cuando hace falta en alguna parte uno de más para servir. Espero, señores, que estaréis satisfechos de mí.

—No, señor — contestó Tuckle, — muy lejos de eso.

—Sois un bribón — gruñó el de color de naranja.

—Y un vil ganapán — añadió otro de pantalón verde.

—Y un pelele — añadió el de color de púrpura.

El pobre frutero saludaba cada vez más humildemente mientras se le gratificaba con aquellos epítetos, según las reglas de la más baja tiranía. Cuando cada cual dijo su palabra para probar su superioridad, Mr. Tuckle empezó á trinchar el carnero y á servir á los convidados.

Apenas se había principiado esta importante operación, cuando la puerta se abrió bruscamente, y apareció otro caballero vestido de azul claro con botones de estaño.

—Contra las reglas — dijo Mr. Tuckle; — muy tarde, muy tarde.

—No ha sido posible más temprano — respondió el azul. — Un asunto de galantería, una cita en el teatro.

—¡Oh! en ese caso... — exclamó el de color de naranja.

—Sí, yo había prometido conducir á la señorita más joven á las diez y media, y es tan linda, que no he tenido corazón para dejar de llevarla; no es ofensa á la sociedad que está presente, pero un cotillón realmente es irrevocable.

—Empiezo á sospechar que ahí hay gato encerrado — dijo Mr. Tuckle, mientras el recién venido se sentaba al lado de Sam. — He notado una ó dos veces que se apoya mucho en vuestro hombro cuando sale del coche.

—¡Oh! realmente, realmente, Tuckle... eso no está bien. Yo tan sólo he dicho á algunos amigos que había renunciado ya tres matrimonios sin motivo... pero realmente, Tuckle, delante de personas extrañas... Eso no

está bien... hacéis mal; la delicadeza, amigo, la delicadeza.

Y al decir esto, el hombre de la librea azul levantó su corbata, frunció las cejas como si hubiera podido decir más, aunque quería callar. Era un pequeño lacayo de á pie, de ademán desenvuelto, cabellos rubios, cuello tieso. Desde el principio había llamado la atención de Sam; pero cuando empezó á hablar de aquella manera, Mr. Weller se sintió más dispuesto que nunca á trabar relaciones con él; así es que se inmiscuyó en la conversación, con la independencia que le era habitual.

—A vuestra salud, caballero; me gusta vuestra conversación; me parece muy interesante.

Al oír esto, el lacayo azul sonrió como una persona acostumbrada á oír cumplimientos; pero al mismo tiempo miró á Sam con expresión de asentimiento, y le dijo que esperaba cultivar su amistad, porque, sin lisonja, le parecía un buen muchacho de la misma estofa que él.

—Sois muy amable — contestó Sam; — ¡qué solemne pillo!

—¿Qué queréis decir? — preguntó el azul con modesta confusión.

—Aquella señorita de que hablaban sabe bien lo que valéis; ¡ah! comprendo las cosas.

Y Sam cerró un ojo, moviendo á un lado y otro la cabeza de una manera muy satisfactoria para la vanidad del azul.

—Sois muy malicioso — dijo éste.

—No; malicioso vos.

—Pues bien, Mr. Weller; yo creo realmente, yo creo que ella se ha fijado en mi persona y en mis maneras.

—Ya me lo figuro; no podía ser otra cosa.

—¿Tenéis vos algún amorcillo de esa clase? — preguntó á Sam el azul, sacando un mondadientes del bolsillo del chaleco.

—No precisamente así — respondió Sam; — no hay señorita en la casa; si la hubiera, yo le haría la corte en seguida; porque ya sabéis, yo no me comprometería con ninguna mujer que fuera menos que marquesa; yo tomaría alguna ricacha si se enamorara de mí; pero menos, no.

—Hacéis bien, Mr. Weller; es preciso hacerse valer; nosotros los hombres de mundo sabemos que un buen uniforme cautiva siempre el corazón de una dama; y si no fuera por eso, ¿quién entraba á servir?

—Justamente — replicó Sam.

Después de este diálogo confidencial, los vasos fueron distribuidos á la redonda, y antes de que se cerrase la taberna, cada caballero pidió lo que más le gustaba.

El caballero azul y el de naranja, que eran los más elegantes de la sociedad, pidieron ponche frío; pero la bebida favorita de los otros parecía ser la ginebra y el agua con azúcar. Sam llamó al frutero *diablo*, *bribón*, y pidió ponche, dos circunstancias que parecieron elevarle mucho en la opinión de los criados escogidos.

—Caballero — dijo el hombre azul con el tono del más consumado dandy; — ¡á la salud de las damas!

—Escuchad — dijo Sam; — ¡á las jóvenes queridas!

Al oír esto, de todas partes gritaron al *orden*. Mister Smaker, que era quien había presentado á Sam en la reunión, le advirtió que aquella palabra no era parlamentaria.

—¿Qué palabra? — preguntó Sam.

—Querida — respondió Smaker con un fruncimiento de cejas espantoso; — aquí no admitimos expresiones semejantes.

—¡Oh! ¡muy bien! yo enmendaré mi observación y las llamaré queridas criaturas, si flamante quiere permitirlo.

Algunas dudas parecieron conturbar el espíritu del caballero de los calzones verdes, sobre la cuestión de si el presidente podía ser interpelado con el nombre de flamante; pero aquel incidente no tuvo más consecuencias. El hombre del tricordio tosió secamente y miró con fijeza á Sam; pero sin duda creyó conveniente callarse, no fuera que el hablar le saliese peor.

Después de un momento de silencio, un caballero, cuyo casacón bordado le llegaba hasta los talones, y cuyo chaleco, igualmente bordado, tocaba á las rodillas, mezcló su ginebra y su agua con gran energía, y poniéndose en pie con un violento esfuerzo, dijo que quería dirigir algunas observaciones á la reunión. El del tricordio se apresuró á decir que la asamblea oíría con mucho gusto sus palabras, y el orador empezó en estos términos:

—Siento una gran delicadeza al manifestarme aquí, señores; porque no soy más que un cochero, y no entro en estas asambleas sino como miembro honorario; pero siento el espólón en el vientre, si puedo emplear esta expresión, estimulándome á poner en vuestro conocimiento una triste circunstancia que ha tenido lugar, puedo decirlo, en la punta de mi látigo. Señores: nuestro amigo Mr. Whiffers (todos miraron al de color de naranja), nuestro amigo Mr. Whiffers ha presentado su dimisión.

Una admiración general se apoderó de los convidados, cada uno miraba á su vecino y miraba después al cochero, que continuaba en pie.

—Tenéis razón en sorprenderos, señores — continuó

éste; — no me detendré en enumeraros los perjuicios que este paso trae al servicio; pero suplico á Mr. Whiffers que los diga él mismo, para inteligencia é imitación de sus amigos.

Habiendo sido aplaudida esta sugestión, Mr. Whiffers se explicó; dijo que hubiera ciertamente deseado continuar desempeñando el empleo que había dimitido. El uniforme era extremadamente rico y costoso, las damas de la familia muy agradables, y los deberes de su plaza, fuerza era confesarlo, poco pesados; el principal servicio que se le ofrecía era mirar de tiempo en tiempo por una ventana, en compañía de otro caballero que había hecho también dimisión; continuó diciendo que hubiera deseado evitar á la sociedad la relación de ciertos detalles repugnantes; pero como se le había pedido una explicación, no tenía otra alternativa que declarar atrevidamente que se le había querido obligar á comer carne fría.

Es imposible consignar la repugnancia que causó esta confesión en el auditorio; durante un cuarto de hora lo menos, no se oyó más que *vergonzoso, innoble*, mezclados con silbidos y gruñidos.

Mr. Whiffers añadió entonces que creía que aquella humillación consistía en parte en su carácter acomodaticio; se acordaba perfectamente de haber consentido una vez en comer manteca salada; y en una ocasión en que había habido muchos enfermos en la casa, se había olvidado de su dignidad hasta el punto de subir él mismo un cesto de carbón hasta el segundo piso. Esperaba no desmerecer en la buena opinión de sus amigos, por aquella franca confesión de sus faltas; pero si hubiera tenido esta desgracia, esperaba rehabilitarse por la prontitud con que había rechazado el ultraje que se quería hacer experimentar á sus sentimientos de hombre y de inglés.

El discurso de Mr. Whiffers fué acogido con gritos de admiración, y se bebió á la salud del interesante mártir, de la manera más entusiasta. El mártir dió las gracias á la sociedad y propuso beber á la salud de su visitante Mr. Weller, caballero que no tenía el gusto de conocer íntimamente, pero que era amigo de Mr. Smaker, lo cual era su mejor recomendación.

Todos bebieron á la salud de Sam Weller, y éste, después de haber apurado dos vasos de ponche también á su salud, dió las gracias á la asamblea en un elegante discurso.

—Muchas gracias, señores — dijo alzando el vaso con gran desenvoltura. — Viniendo de tales personas, vuestro obsequio es muy lisonjero. Yo había oído hablar mucho de vos, pero nunca creí que fuerais tan admirables

caballeros como sois. Espero que tendréis mucho cuidado en no comprometer vuestra dignidad, que es cosa muy buena de ver, cuando se os encuentra en el paseo. Siempre ha sido ese mi mayor placer. En cuanto á la víctima de color anaranjado, todo lo que de él puedo decir es que deseo que encuentre pronto una plaza tan buena como merece.

Diciendo esto, Sam se sentó. Su discurso fué muy aplaudido y la sociedad se separó poco después.

—Vos no tenéis necesidad de iros — dijo Sam á su amigo Smaker.

—Es preciso — respondió éste. — Bantam me espera.

—Y vos, flamante, ¿os vais también?

—Sí — replicó el del tricornio.

—¡Cómo! ¿dejáis detrás tres cuartas partes de un bol de ponche? Sentaos.

Mr. Tuckle no pudo resistir á esta invitación. Puso á un lado su sombrero y su bastón, y dijo que bebería otro vaso por hacerle el gusto á Sam Weller.

Como el lacayo azul vivía hacia el mismo lado que Mr. Tuckle, consintió también en quedarse. Cuando el ponche fué bebido á medias, Sam mandó traer ostras de la tienda del frutero, y su efecto, unido al del ponche, fué tan prodigioso, que Mr. Tuckle, cubierto con su tricornio y armado con su bastón de gran puño, se puso á bailar una danza marinera sobre la mesa, mientras el lacayo azul le acompañaba con un singular instrumento, compuesto de un peine y un pedazo de papel.

Al fin, cuando se acabó el ponche y la noche, salieron los tres y trataron de irse á sus casas. Apenas mister Tuckle se encontró al aire libre, sintió violentas inclinaciones á tenderse en el suelo. Sam, creyendo que sería falta de compasión contradecirle, le dejó tender á su gusto; pero temiendo que el tricornio de flamante se cayese, lo aplastó sobre la cabeza del caballero azul, le puso el bastón en la mano, le apoyó contra la puerta de su casa, tocó por él la campanilla y se fué tranquilamente á su hotel.

La mañana siguiente, Mr. Pickwick bajó completamente vestido, mucho más pronto de lo que acostumbraba, y llamó á su fiel criado.

Sam respondió puntualmente, el filósofo le mandó cerrar cuidadosamente la puerta y dijo en seguida:

—Sam, aquí ha pasado la última noche un desgraciado accidente, que ha dado á Mr. Winkle motivos para temer la violencia de Mr. Dowler.

—Señor, lo he oído á la dueña de la casa.

—Y siento añadir — continuó en tono de contrariedad Mr. Pickwick, — siento añadir que por temor á

esta violencia, Mr. Winkle se ha marchado.

— ¡Se ha marchado!

— Ha salido de la casa esta mañana sin decirme la menor cosa, y se ha marchado no sé dónde.

— Hubiera debido quedarse aquí y batirse, — dijo Sam en tono sentencioso. — No sería preciso mucho para arreglar á ese Dowler.

— Es posible, Sam. Yo tengo muchas dudas acerca de su valor; pero de cualquier modo que sea, Mr. Winkle se ha marchado. Hay que buscarle, Sam, hasta encontrarle y traérmele.

— ¿Y si no quiere venir?

— Será preciso obligarle, Sam.

— ¿Y quién le obligará? — dijo Sam sonriendo.

— Tú.

— Muy bien, señor.

A estas palabras, Sam salió de la habitación, y poco después, Mr. Pickwick le oyó cerrar la puerta del cuarto. Dos horas después volvió con ademán tan tranquilo como si hubiera sido encargado de una misión ordinaria, y dijo que un individuo muy parecido á mister Winkle había partido aquella mañana para Bristol en el coche del Hotel real.

— Sam, — dijo Mr. Pickwick tendiéndole la mano, — eres una alhaja inestimable. Vas á ir en busca suya.

— Muy bien.

— En cuanto le descubras, escríbeme. Si trata de escapársete, préndele, enciérrale. Te doy poderes para todo, Sam.

— No lo olvidaré, señor.

— Le dirás que estoy muy incomodado, excesivamente indignado por la determinación extraordinaria que acaba de tomar.

— Sí señor.

— Dile que si no viene contigo á esta casa, vendrá conmigo, porque iré yo á buscarle.

— Le diré dos palabritas.

— ¿Piensas poder encontrarle? — continuó Mr. Pickwick, mirando á Sam con aire inquieto.

— Le encontraré si está en alguna parte.

— Muy bien. Entonces, cuanto más pronto vayas, mejor.

Mr. Pickwick añadió una suma en metálico á sus instrucciones. Sam puso los objetos necesarios en su saco de viaje y se alejó.

CAPITULO XXXVIII

De cómo Mr. Winkle, queriendo salir de la sartén, cayó en las brasas

El desventurado caballero, causa inocente del tumulto que alarmó á los habitantes de Royal Crescent, después de haber pasado una noche de turbación y ansiedad, dejó el techo bajo el cual dormían sus amigos, sin saber á dónde dirigía sus pasos.

— Si ese Dowler, — pensaba mister Winkle, se empeña en poner en práctica sus amenazas, me veré obligado á desafiarle. Hay una mujer: esta mujer necesita de él. ¡Cielos! Si yo le inmolará á mi rabia, ¡cuáles serían mis remordimientos!

Esta reflexión penosa afectaba tan poderosamente al excelente joven, que sus rodillas se chocaron y sus mejillas palidecieron.

Determinado por estos motivos, tomó su saco de noche, bajó la escalera á pasos precipitados, cerró con el menor ruido posible la detestable puerta de la calle, y se alejó rápidamente. Encontró en el *Hotel real* un coche dispuesto á partir para Bristol.

— Lo mismo da Bristol que otro punto cualquiera, — dijo.

Subió á la imperial, y llegó al término de su viaje tan pronto como podía esperarse de dos caballos, obligados á andar cuatro veces al día la distancia que separa los dos pueblos.

Mr. Winkle estableció sus reales en un hotel. Estaba resuelto á abstenerse de toda comunicación epistolar con Mr. Pickwick, hasta que se disipara el frenesí de Mr. Dowler, y comprendió que lo mejor que podía hacer en aquellas circunstancias era visitar la ciudad.

Salió y le llamó desde luego la atención la santidad de la población. Admiró los docks y el puerto, vió la catedral, preguntó por el camino de Clifton, y siguió la vía que se le indicaba; pero las calles de Bristol no eran las menos embrolladas ni las menos tortuosas. Mr. Winkle se encontró en el laberinto y buscó por todas partes una tienda donde pedir nuevas instrucciones.

Sus ojos cayeron sobre un piso bajo, nuevamente pintado, que había sido convertido en una cosa entre tienda y habitación. Una lámpara roja que avanzaba encima de la puerta hubiera suficientemente anunciado que aque